

Ley II Jueves 2<sup>o</sup>

878

# EL CARDENAL ARZOBISPO DE VALLADOLID,

al Clero y fieles de la Diócesis salud y paz en N. S. J. C.

ESFUERZOS extraordinarios hace entre nosotros, venerables Hermanos y amados Hijos, la impiedad para arrancar con violencia la fé que tan arraigada se encuentra en el pueblo español. Quisiera hacer odiosa en un momento á este gran pueblo la Religion Católica, que fué la que inspiró á sus valerosos hijos los hechos heróicos, las admirables hazañas y portentosas acciones, que para admiracion del mundo consigna en sus páginas inmortales su gloriosa historia.

Esa cruel impiedad, falta de patriotismo como lo está de toda clase de virtudes, se vale en el dia de armas á cual mas funestas para herir traidora y cobardemente á esa religion augusta en el pecho mismo de los españoles, dirigiendo con especialidad el golpe á los que componen las clases que considera menos instruidas é ilustradas de la sociedad ó á los que por sus cortos años y completa inesperiencia conceptúa dispuestos á dejarse impresionar con vanas y peligrosas novedades.

Una de esas armas es la prensa periódica. Son por desgracia muchos los diarios y las revistas en que se blasfema de Dios, se ataca al catolicismo y á cuanto le pertenece, con un desenfreno, una audacia y un encono dignos del frenesi de los incrédulos mas famosos del pasado siglo, justamente censurados en luminosos escritos de sábios y reflexivos pensadores del presente que no han cesado de manifestar lo extraño, monstruoso y absurdo de aquella tan decantada filosofía. Los periodistas que de semejante manera abusan de la libertad de imprenta son, creednos, no solo enemigos de Dios, sino tambien de la humanidad.

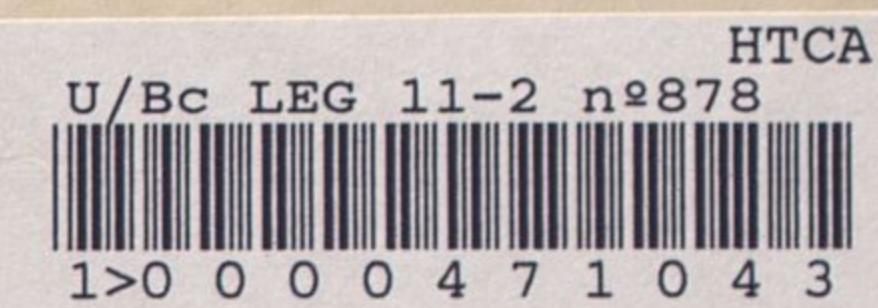
Arma de no mejor ley es la otra de que al propio tiempo se valen para lograr su criminal intento. Esta es la llamada libertad religiosa, cuya legítima y natural manifestacion consiste en querer traer á España todas cuantas religiones falsas existen en el mundo y que son enemigas de la única que tiene, ama y venera esta magnánima nacion. Y como esa diversidad de religiones falsas afortunadamente no tienen seguidores entre nosotros, ha sido preciso tomar la resolucion tan extravagante como impía de formarlos. Resolucion indigna que ha empezado á llevarse á efecto en esta noble y religiosa ciudad, donde se han establecido unos herejes que se dedican á distribuir hojas sueltas y folletos, á expender libros y á vender biblias mutiladas y corrompidas para propagar los errores de Lutero y Calvinio adicionados con otros nuevos y hacer prosélitos entre los honrados obreros, á quienes además propinan el veneno de su detestable doctrina por medio de discursos y lecciones, que en dias determinados les dirigen y les dan públicamente con asombro y universal disgusto.

No hay en la nacion ley alguna que autorice este hecho escandaloso. Existe tan solo un programa oficial del que desgraciadamente forma parte la *libertad religiosa*, que como era natural sucediera, los partidarios de esta libertad desean darla mayor estension y convertirla en la mas amplia que se llama *libertad de cultos*. Mas no creemos haya nadie que á ese programa pueda atribuirle la autoridad ó valor necesario para derogar las sábias leyes del reino que se conforman con la ley de la Iglesia, que desde los primeros siglos ha condenado la herejía y todo error bajo la pena del anatema, y con la ley eterna de Dios que nos manda respetar no solo la vida, el honor, la libertad y la propiedad de los bienes temporales de nuestros conciudadanos, sino tambien la que les es mas querida y preciosa, la de su religion, siendo, como entre nosotros sucede, la única verdadera. Llamamos sobre el particular la atencion de todos para que se persuadan de la malignidad del medio empleado para descatolizar á los laboriosos obreros y demás clases pobres de la diócesis, que forman una preciosa porcion del querido rebaño del que somos legítimo y amante Pastor.

Muy lamentable seria, V. H. y A. H. que de resultas de esa notoria infraccion de las leyes, algun incauto se dejara seducir por los asalariados discípulos de los mencionados heresiarcas y otros innovadores, que tuvieron la osadía de sobreponer sus ensueños á la palabra de Dios y de trazar el camino que derechamente conduce á la impiedad y al ateísmo. Pena grande sentiríamos igualmente, si hiciera estrago en la fé y las costumbres de nuestros diocesanos la lectura de esa increible muchedumbre de periódicos en los que, como antes hemos indicado, se reproducen diariamente los absurdos de los audaces filósofos modernos, herederos de la tercia ceguera de los judíos



UVABHSC. LEG 11-2 nº0878



y del insensato orgullo de los filósofos paganos, para quienes el misterio de la cruz de Jesucristo fue ó un *escándalo* ó una *locura*, siendo en realidad á los ojos de la fé el secreto de la sabiduría y de la fortaleza de Dios, el sello de la maravillosa alianza de su justicia y de su misericordia, que dió por resultado la reparacion del hombre, la reconciliacion del cielo con la tierra y el triunfo sobre la muerte y las potestades del infierno. (Salm. 84, v. 11, S. Pab. 1.<sup>o</sup> á los Corint. cap. 2, v. 7, y á los Colos. cap. 2.)

Deseoso de evitar el grave mal de la seduccion entre vosotros, que en expresion de S. Pablo sois labranza de Dios y edificio del mismo, así como Nos somos coadjutores tuyos, no podemos menos de tener presente á todas horas que uno de los mas sagrados deberes de nuestro ministerio es el que el citado Apóstol recordaba á Timoteo cuando le decia: *Depositum custodi*, guarda con fidelidad el precioso depósito que se te ha confiado de la fé, de la doctrina y de las almas (Cart. 1.<sup>a</sup> á los Corint. cap. 3. v. 9. y á Timot. cap. 6 v. 20.) y nunca mas necesario el cumplimiento de tan santa obligacion como al presente en que intrusos doctores y atrevidos extranjeros intentan arrebatarnos ese inestimable depósito. Alcemos pues, enérgicamente nuestra voz, y á los que crean que es mas oportuno callar en las circunstancias actuales, les diremos con San Gerónimo: los perros ladran por su amo *¿y no quieres que hable por Jesucristo?* Si V. H. y A. H., forzoso nos es hablar en defensa de los grandes intereses que nos están confiados y al verlos violentamente atacados, lo hacemos con la mayor confianza «porque las armas de nuestra milicia no son carnales sino poderosísimas en el Señor para destruir fortalezas, derribando consejos y toda altura que se levante contra la ciencia de Dios.» (S. Pab. 2.<sup>a</sup> á los Corint. Cap. 10 v. 4 y 5.)

No es á la verdad preciso una muy reñida batalla para triunfar de los advenedizos herejes que con desdoro del nombre español han dado principio á la atrevida empresa de propagar el protestantismo entre los moradores de esta Capital y su provincia. Los vulgarísimos argumentos de que en su fanatismo mas político que religioso se valen para difundir sus groseros errores, han sido mil y mil veces refutados por los sabios controvertistas católicos. Ábranse los numerosos volúmenes que estos han escrito y cuya amena e instructiva lectura cautiva á las mas ilustradas inteligencias, medítense con detencion cada uno de sus preciosos tratados y no podrá menos de causar asombro el juicio tan desventajoso que esos herejes han formado de la instrucción y cultura de nuestro pueblo, cuando se han atrevido á poner cátedra de una doctrina que solo puede hacer prosélitos entre ignorantes ó malvados.

En el estado á que en el dia ha llegado en la Iglesia católica la controversia con los protestantes, sin necesidad de discurrir, con solo saber leer se pone cualquiera en disposicion de contrarestar y rebatir esa despreciada secta. Así que estamos seguros de que el menos aventajado de los alumnos de Teología de nuestro Seminario puede fácilmente demostrar la falsedad y mentira de su doctrina, poner de manifiesto sus engaños, hacer patente á todos lo poco, muy poco que para la ciencia valen esos herejes asalariados que intentan propagar el error en la ciudad, y aun convencerlos y convertirlos, si de esto fuesen capaces los que con afectado celo religioso solo tratan de hacer negocio con la venta de biblia alteradas y de corromper y desmoralizar á los pueblos. Aléjense pues de Valladolid donde son ya conocidas sus intenciones; huyan avergonzados de Castilla, que en esta tierra de verdad, de honradéz y de hidalguía se escarmienta con el duro golpe de la indignacion y del desprecio al ignorante y malévolos propagandista, mientras se compadece al estraviado de buena fé y se le guardan por todos las consideraciones que en las relaciones sociales prescribe ó aconseja la caridad cristiana.

Mas aunque en el terreno de la ciencia no sean temibles esos adversarios de la Iglesia, conviene que los fieles se preserven de los peligros de la seduccion, se abstengan de la lectura de los impresos que ya no solo distribuyen en silencio, sino por medio de expendedores que por las calles los anuncian á grandes voces con el titulo de *libros protestantes* y se alejen del lugar que han elegido para hacer la propaganda y que por cierto indica con claridad el verdadero objeto de la misma. La falta de precaucion en asunto de tan grande interés para el hombre, como es el de sus creencias religiosas, puede ser de funestas consecuencias. Oigamos á Lactancio. «En esto, dice con su acostumbrada elocuencia, no puede darse lugar á la temeridad. Eternamente se ha de sufrir la pena de la insensatez de haberse dejado engañar por un mentecato ó por una falsa opinion.» *Nullus hic temeritati locus; in æternum stultitiae pæna subeunda est, si aut persona inanis aut opinio falsa deceperit.* (Lib. XIII cap. 13.)

No olviden esta regla de cristiana prudencia los fieles de nuestra diócesis. Impórtale mucho conservar en su corazon el don inestimable de la fé tal cual se la enseña la Santa Iglesia Católica, que es la única que para dar esta enseñanza y dictar exenta de todo engaño y error sus juicios

sobre esta materia, tiene *mision* divina, un *simbolo* revelado por Dios y una *autoridad* que el mismo le ha dado. Los que nos gloriamos en reconocer á esta Iglesia por maestra, y sometidos á sus infalibles decisiones seguimos y predicamos su celestial doctrina, decimos con Tertuliano »á nosotros no nos es permitido enseñar nada de nuestra propia elección, ni recibir lo que otros hayan forjado de su propio discurso. Tenemos por autores á los Apóstoles del Señor, y aun ellos mismos nada imaginaron de su propio fondo, sino que fielmente han transmitido á las naciones la doctrina que recibieron de Jesucristo.» (*Lib. de præscript. cap. IV.*)

Así hablan los doctores católicos mientras que los propagadores del error, que se han introducido entre nosotros para comunicarlo á la gente sencilla por medio de esos impresos y lecciones, que toda persona instruida desecha con el mayor desdén, no enseñan sino lo que ellos mismos han inventado ó lo que aprendieron de su desacreditado maestro el fraile impuro y apóstata Lutero, ú otros personajes de igual celebridad por sus heregías y blasfemias.

No deben por lo tanto ser escuchados. En vez de buscar la verdad solo tratan de estraviar y perder á los incautos. No pueden tampoco leerse ni conservarse las hojas, folletos ó libros que distribuyen y expenden, pues lo prohíbe la Iglesia con severísimas penas. Por eso tributamos nuestros cumplidos elogios á las muchas personas que nos han presentado ó entregado á los respetables sacerdotes de la diócesis los ejemplares que llegaron á sus manos. El Señor remunerará con larguezza este digno modo de obrar y esperamos confiadamente que tendrán imitadores entre las clases menos ilustradas, que son á las que se desea principalmente pervertir y hacerlas irreligiosas y ateas. No tardarán nuestros honrados obreros en comprender el interesado objeto de los que con tanto afán procuran privarles de la fe y corromper sus costumbres, las de sus mujeres é hijos. Si: lo esperamos de la nobleza de su carácter y de la religiosidad de sus sentimientos. Entonces conocerán también lo mucho que los amamos, cuando para impedir su seducción les dirigimos nuestra palabra diciéndoles con San Pablo: «hay algunos que os perturban y quieren trastornar el Evangelio de Jesucristo. Mas aun cuando un Angel del cielo os evangelice fuera de lo que nosotros os hemos evangelizado, sea maldito de Dios.» (Cart. á los Galat. v. 7 y 8.) Con tan expresivos términos nos enseña el Apóstol á desechar toda novedad en la fe por elevada que parezca la dignidad, grande la ciencia y admirable la santidad del que pretende introducirla.

Ninguna de estas cualidades adornan á esos predicadores de la herejía que se encuentran en esta Ciudad. Ellos no pasan grandes privaciones en el desempeño de su oficio, porque ademas de los derechos eventuales que les proporciona la venta de sus libros, la Sociedad á quien sirven les tiene señalada decente dotación y para acreditarse entre los incautos, emplean todos los esfuerzos de su pobre ingenio en desprestigiar al Clero Católico, presentándolo como menos desprendido que el protestante. ¡Insensatos! Todo lo que pueden alegar en demostración de su excesiva generosidad es que distribuyen *gratis* hojas sueltas y pequeños folletos, pues los mayores, los libros y las bíblias, no las dan, sino las venden. Mas ni aun en esto aventajan al sacerdocio católico, que cuando es necesario, distribuye gratuitamente, no solo hojas y folletos sino también libros y bíblias, comprándolos con su dinero, porque no tiene Sociedad bíblica que les surta de ellos. Nos mismo lo hemos hecho y lo hacemos en la actualidad y nos consta que ejecutan lo propio dignos Sacerdotes, tanto de la clase de capitulares, como de la de párrocos.

Otras obras hay mas costosas á las que nunca se han dedicado los seguidores de la herejía. En el protestantismo no ha habido ni habrá jamás mártires de la fe ni de la caridad. Los hereges no pueden presentar entre sus ministros y sectarios esas hermosas y bellísimas figuras, honra de la humanidad, que el Catolicismo presenta ya en un religioso Mercenario ó Trinitario rescatando cautivos cristianos del poder de los Sarracenos muchas veces á costa de su propia libertad; ya en un fervoroso misionero que vuela á las últimas extremidades de la tierra dispuesto á dar la vida por hacer cristiano al hombre salvage; ahora en el animoso Jesuita, blanco continuamente de las iras de la impiedad, porque procura con su predicación y enseñanza católica librarse de los horrores de aquella al individuo y á la sociedad; ó en el Escolapio que consagra toda su vida á instruir en las letras y en las ciencias y á moralizar á la pobre y desvalida juventud; en la hermana de la caridad, asistiendo á los infelices enfermos y niños abandonados, sin temor á la muerte, que en estos mismos días está diezmando á las de Valladolid, y por último en el Sacerdote Católico que espira tranquilamente á consecuencia de la enfermedad contagiosa que contrajo al auxiliar espiritualmente á enfermos que la padecían, como asimismo acaba de suceder en el Hospital provincial, llamado de la Resurrección, y no ha mucho tiempo se verificó en Albano donde asistiendo á los coléricos falleció gloriosamente el insigne Cardenal Altieri. Esto si que es desprendimiento y algo mas heróico que repartir papeles impresos y desafiar á los Teólogos

en sitios en que ni pueden asistir, ni se les permitiría hablar, al paso que huyen de ellos sus provocadores cuando en otros lugares los encuentran dispuestos á vindicar la fé de los ultrajes que alevosamente la dirigen.

Mal no menos grave que el que acabamos de lamentar es V. H. y A. H. el que está produciendo la irreligiosa licencia de una gran parte de la prensa periódica. No cabe una libertad mas absoluta en la manifestacion del odio que la impiedad tiene á la religion divina que profesa la nacion española. Es verdaderamente triste para la fé y la razon lo que sobre el particular sucede en la actualidad. Todo lo que el catolicismo tiene de mas santo, augusto y venerando sirve de constante objeto á las violentas declamaciones de cierta clase de periódicos. Parece que se han propuesto sumir á su atribulada patria en el caos espantoso del materialismo, de la inmoralidad y del socialismo. Y con dolor observamos que estos periódicos é impresos se publican casi sin causar alarma, circulan con pasmosa rapidez por todas partes, se introducen en las ciudades, villas y aldeas, vuelan de casa en casa, pasan de familia á familia, los lee el inesperto joven, la inocente doncella, el sencillo labrador, el honrado artesano y muchas otras personas que por su poca ó ninguna instrucción ó por la mala disposicion de su espíritu no pueden menos de caer en el lazo que astutamente les ha tendido la impiedad.

¿Y és por ventura este el noble y elevado objeto que el ilustrado escritor público debe proponerse en los artículos de su periódico? No espere la España que con producciones científicas y literarias de esa índole llegue nunca su cultura al alto grado que llegó en Grecia en la bella época de Pericles, Demóstenes, Eurípides, Platon y Aristóteles, ni que vuelvan á brillar las letras con el esplendor que en ella tuvieron en el siglo de Teresa de Jesus, Juan de la Cruz, Miguel de Cervantes y los tres famosos Luijes, ni por último que se ilustren las ciencias como anteriormente lo hicieron los Árabes españoles cuando los Griegos olvidados de sus sabios y bibliotecas solo pensaban en ser Nestorianos, Eutiquianos, esto es, en inventar herejías, producir escándalos y contristar á la Iglesia, que por desgracia es la tarea ordinaria y preferente de no pocos periódicos.

Semejante ocupación dá por resultado á más de efectos desastrosos para la religion y la moral, la decadencia en las letras y el atraso en las ciencias. No hay que estrañarlo. Esos periódicos, lo mismo que el libro impio, vician el espíritu de los que los leen y los escriben, porque dedicados á combatir la verdad que el mismo Dios se ha dignado revelar al hombre, se habituan mas á declamar que á discurrir, se acostumbran á raciocinar de una manera apasionada y distinta de la que para adelantar en sus investigaciones y persuadir á su alma de la exactitud de sus juicios, hace uso el imparcial y profundo pensador, se aficiona á discurrir de un modo avieso, entretido de innumerables sofismas y falsos raciocinios, que no puede menos de pervertir la razon y de darle la fatal habitud de estraviarse y de preferir á la luz de la verdad los engañosos brillos de la ardiente imaginacion. El escritor enemigo de Dios y de la Iglesia, con el deseo de aparecer siempre y en todo irreligioso, no estudia ni medita, atreviéndose á ofrecer con frecuencia á sus lectores en lugar de serios y concienzudos trabajos los delirios de una noche.

El daño que estos superficiales y malignos impresos ocasionan á los particulares y á los pueblos son imponderables. Su lectura pervierte á los incautos e ignorantes que tragan el veneno casi sin advertirlo, induce á romper el freno que podria contener las pasiones, acostumbra á la licencia de pensar, de hablar y de obrar como dicta la pasion ó el interés sin respeto á Dios ni á los hombres; abre el camino para la perdida de la fé, la disolucion de costumbres, para la ruina de la familia, la rebelion contra toda clase de autoridad, el ataque á la propiedad, á todos los derechos del hombre y para la destrucción de la sociedad.

Todos, V. H. y A. H. tenemos el deber de evitar ese gran mal. Y «cuando se trata de la salud comun, dice San Leon, la vigilancia contra los enemigos comunes, debe ser tambien comun.» (*Serm. 5 de jejun. decimi mens.*) En defensa de la causa de la religion y de la sociedad que tan en peligro se encuentra entre nosotros, todo hombre debe convertirse en valeroso soldado. El Sacerdote con la doctrina y predicacion, el sabio con su pluma y persuasion, y cada uno de los fieles con sus oraciones, con el animado clamor contra la irreligion, con el santo horror á los libros, folletos y periódicos que directa ó indirectamente de una manera manifiesta ó encubierta la promueven y difunden, con el salvador é inquebrantable propósito de no contribuir con la suscripcion al sostenimiento de esos periódicos y de procurar que otros tampoco los sostengan, promoviendo por cuantos medios estén á su alcance la lectura de los buenos libros y periódicos para que se generalice entre todos el horror á los malos, ese horror que es la salvaguardia del precioso tesoro de la fé y un fiador muy abonado de la salvacion eterna.

Bien lo conocen los enemigos de la religion y para entibiar ó apagar del todo en el pueblo cristiano el santo celo por la verdad, le hablan á toda hora de la *tolerancia religiosa*, le ponderan sus excelencias, hacen esfuerzos para persuadirle de lo ventajoso que el ponerla en práctica es para el adelanto y progreso de su civilizacion. Mas no se deje nadie seducir. Esa palabra *tolerancia ó libertad religiosa*, significa lo mismo que la de libertad en los lábios de los sediciosos que aspiran á la tiranía, libertad vana y engañosa, que Tácito llama *nombre especioso con el que jamás ha dejado de honrarse todo el que ha pretendido dominar y esclavizar á sus semejantes.* (Lib. 4. Histor. núm. 73.)

Conociéndolo así muchos de nuestros amados diocesanos de uno y otro sexo, no se han dejado alucinar con esa seductora palabra, y antes por el contrario dando una muestra positiva de su amor á la verdadera libertad, se han apresurado á formular y suscribir respetuosas exposiciones á favor de la unidad católica, en uso del derecho de peticion. De este modo como buenos y fervorosos católicos han sabido dar un brillante testimonio de su fé. Han confesado delante de los hombres á Jesucristo y no se han avergonzado de su Evangelio.

Lo propio debe ejecutarse en adelante. Mientras la unidad católica se vea amenazada, como lo está actualmente, á pesar de ser corto el número de los españoles que se han declarado contrarios á ella, contribuyendo acaso sin conocerlo á la desgracia mayor que en el orden religioso, moral, político y social puede sobrevenir á nuestra patria, insístase por todos los ciudadanos en pedir su conservacion. Ejercítense en obsequio de la fé católica el derecho de asociacion. Hágase uso con fé y patriotismo de cuantos medios legales se pueda disponer y se consideren eficaces para conseguir que se reconozca en el futuro congreso la necesidad de que la religion católica, apostólica, romana, única verdadera, siga siendo la sola del pueblo español.

Aleccionados todos por la experiencia y comprendiendo que esta unidad religiosa es un bien sin igual, de mucho mas valor que todos los demás bienes de la tierra, practiquen toda clase de gestiones para no dejárselo arrebatar, y á fin de animarse á hacer nuevos y generosos esfuerzos repitan con el Profeta: «Bienaventurado llaman al pueblo que tiene sus arcas llenas de oro, que el faustuoso lujo de sus hijas corresponde á sus grandes riquezas, que abunda de ganados, que rebosa de alegría en la plenitud de todos los bienes de la tierra; mas yo digo mejor: bienaventurado el pueblo que tiene al Señor por su Dios.» *Beatum dixerunt populum cui hæc sunt: beatus populus, cuius Dominus Deus ejus.* (Salm. 143 vers. 11 al 15.)

Así piensa la España culta é ilustrada y con el objeto de que nuestros diocesanos conserven en su corazon tan nobles y elevados sentimientos, les exhortamos con la mas tierna solicitud que se aparten de los seductores; que no concurran á oír sus pérvidos consejos; que no escuchen sus perniciosas lecciones; que no se entreguen á la lectura de los periódicos irreligiosos; que vigilen con el mayor cuidado á sus hijos, no consintiendo que con el pretesto de enseñarles las letras, las ciencias y las artes, se les pervierta y corrompa en lo relativo á la moral y á la religion. No hay mayor ni mas espantosa desgracia para un padre, ni afliccion mas amarga para una madre que la de tener hijos descreidos ó inmorales. Son la deshonra de su nombre, la perturbacion y la ruina de toda la familia. Con el tiempo lo serán tambien de sus semejantes y de su patria. No es otro el fin que la propaganda irreligiosa se propone con sus libros, sus periódicos, sus escuelas y sus asociaciones.

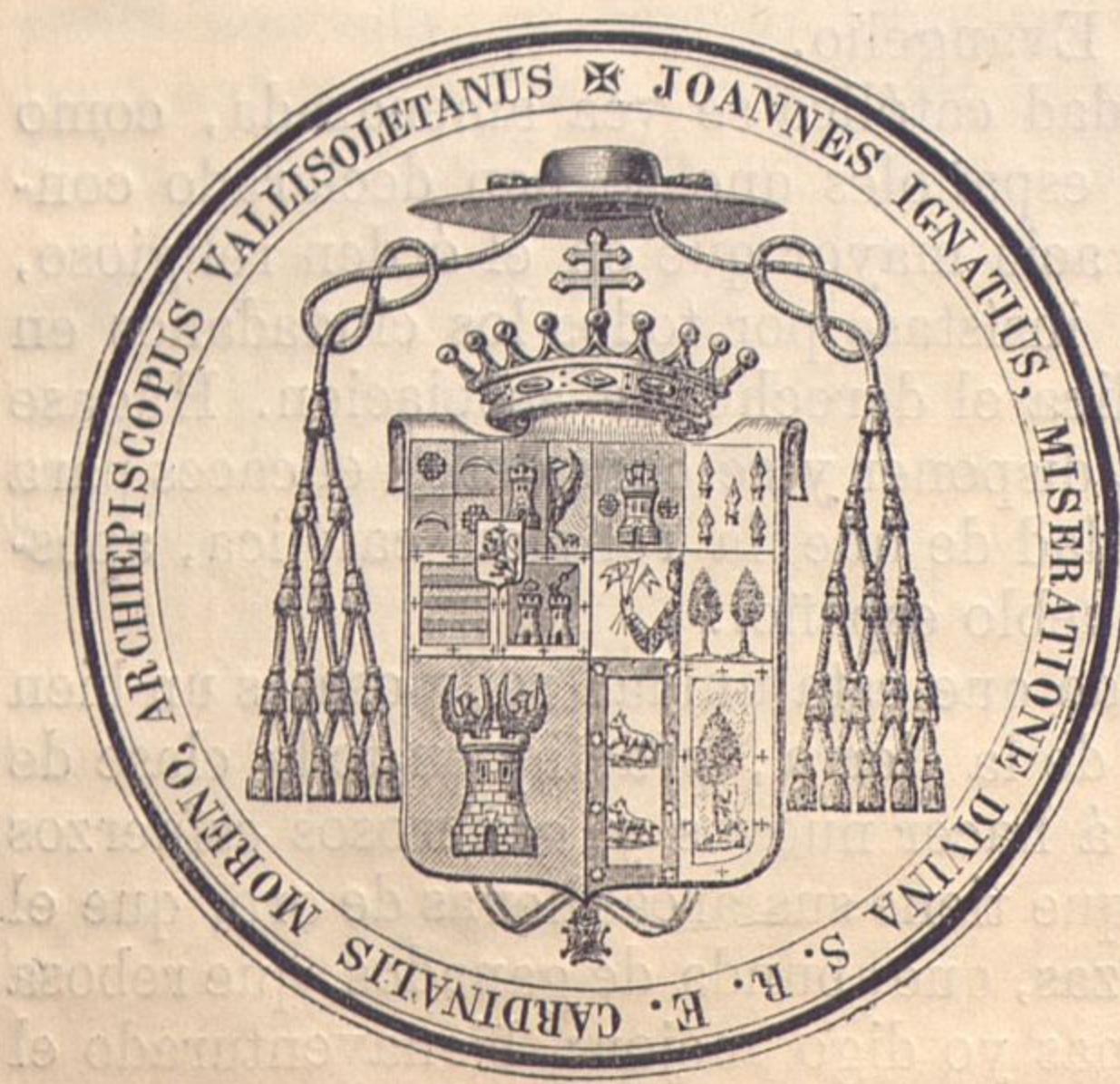
Huid, volvemos á decir, amados Hijos, de los que procuran vuestra perdicion. La Iglesia cual amorosa madre, os lo ordena, teniendo fulminado el rayo de la excomunion contra los hereges, sus autores, receptores y defensores, contra los que los creen, retienen ó leen sus libros en que tratan de religion, los imprimen y defienden. Si conservais todavia fé, temblad incurrir en tan terrible anatema, y si alguno de vosotros hubiere tenido la desgracia de haber incurrido en él, no quiera imitar á los impíos, que solo temen los dolores del cuerpo y las privaciones de los sentidos. Siga mas bien el ejemplo verdaderamente cristiano del poderoso y esclarecido Emperador Teodosio el grande, quien, como sabeis, al considerarse reo de la cruel carniceria de Tesalónica y separado de la comunión de los fieles y de la entrada en el templo por el Obispo San Ambrosio, habla á su amigo Rufino de esta suerte: «Tu no sientes, ó Rufino, mis males: yo solo me lamento y gimo sobre mi calamidad: las puertas del templo, considéralo bien, están abiertas á los siervos y á los mendigos y entran en la casa del Señor á bendecir y adorar su santo nombre: esta es una dicha que se me niega, esta es una felicidad de que me veo privado, y para colmo de mis desventuras, hasta las puertas del cielo se me cierran.» (Hist. Tripart. lib. 9. cap. 30.) Con estas palabras el afligido Emperador entre amarguisimos sollozos expresaba la pena que atormentaba su espíritu hasta que logró ser absuelto de la excomunion.

El Señor que hace firmes á los justos y conoce los días de los que son sin mancilla, os conceda V. H. y A. H. la herencia de ellos, que será eterna (Salm. 36 vers. 17 y 18) y de la que deseamos sea prenda segura la bendición que del fondo de nuestra alma os damos en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Valladolid 10 de Enero de 1869.

*Juan Ignacio Cardenal Moreno,*

Arzobispo de Valladolid.



Por mandado de S. Ema. Rma. el Cardenal Arzobispo mi Señor,

Dr. D. Cesáreo Rodrigo,  
Canónigo Secretario.

*UVa. BHSC. LEG 11-2 n°0878*

61